

EMERGENCIA EDUCATIVA Y PASTORAL UNIVERSITARIA. LA FORMACIÓN DE LOS JÓVENES EN SAN JOSEMARÍA

Euclides Eslava

Facultad de Filosofía y Ciencias humanas

Universidad de La Sabana, Colombia

Desde el comienzo de su pontificado, Benedicto XVI ha insistido en un fenómeno que denominó “emergencia educativa”:

Educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los profesores, los sacerdotes y todos los que tienen responsabilidades educativas directas. Por eso, se habla de una “emergencia educativa”, confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a su vida. (Benedicto XVI, 2008. Cf. Beato Juan Pablo II, 1998)

Desde las primeras manifestaciones de la cultura humana se destaca la importancia de la formación de los jóvenes. Para los griegos, la educación

[...] representaba el sentido de todo esfuerzo humano. Era la justificación última de la existencia de la comunidad y de la individualidad humana. El conocimiento de sí mismos, la clara inteligencia de lo griego, se hallaba en la cima de su desarrollo. (Jaeger, 2001, p. 6. Cf. Marrou, 2004)

El cristianismo asume esa tarea desde sus orígenes, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que dedicó su vida pública a formar un grupo de jóvenes discípulos que continuarían su misión apostólica en la tierra (Cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, GE). La Iglesia lo sigue haciendo a través de la teología pastoral —entre sus múltiples modos—, con un firme compromiso formativo de padres de familia y educadores, pero ante todo con el testimonio de los santos, cuya vida y doctrina abren senderos luminosos a esta misión esencial de la formación de la juventud (Cf. Pellitero, 2004. Fernández, 2011. Moral, 2011. Pérez-Boccherini, 2011. Bautista, J. M., 2009. Urbietta, 1985).

Uno de ellos, muy actual, es san Josemaría Escrivá de Balaguer¹, quien desde los inicios de su actividad sacerdotal dedicó lo mejor de sus esfuerzos a acompañar espiritualmente a muchos jóvenes, ayudándoles de manera eficaz a dar un sentido a sus vidas. Recorreremos algunos textos publicados previamente, de los primeros años de su ministerio sacerdotal y también testimonios de jóvenes que se dirigían espiritualmente con él en ese entonces. Del estudio de su praxis pastoral se desprenden elementos muy valiosos, que pueden ser útiles para la tarea educativa de la juventud de hoy.

Jóvenes contemplativos y trabajadores

Desde el comienzo de su labor apostólica, San Josemaría entendió que una de las facetas del carisma que Dios le transmitía era el apostolado con los jóvenes. “Comencé a tratar almas de seglares, estudiantes o no, pero jóvenes. Y a formar grupos. Y a rezar y a hacer rezar. Y a sufrir...” (*Apuntes íntimos*, n.306, citado por Rodríguez, 2004, p.106). *Estudiantes o no, pero jóvenes*. Aquí tenemos una primera visión de su campo apostólico, los primeros pasos que da en cumplimiento de la misión divina. Pero ¿qué entiende por “jóvenes”? – “Yo llamo jóvenes a los que no han hecho los treinta”, responde (*Apuntes íntimos*, n. 457, citado por Rodríguez, 2004, n. 28).

¿Y cuáles son las condiciones para recibir esa formación? La respuesta se encuentra en una carta en la que explica su apostolado: “*determinadas almas, que quieren de veras 1) tener vida interior 2) y sobresalir en su profesión, porque esto es obligación grave*” (*Carta a Francisco Morán, 26-IV-1934*, citada por Rodríguez, 2004, p. 172). Encontramos así los primeros esbozos de los horizontes que planteaba a aquellos jóvenes, estudiantes o no: vida interior y trabajo profesional sobresaliente.

Según el Cardenal Albino Luciani, futuro Juan Pablo I (Luciani, 1978), a esas alturas de la historia era revolucionario que un sacerdote de treinta y dos años propusiera a jóvenes laicos que entraran por senderos de vida interior². En el prólogo de *Camino*, San Josemaría dice con claridad que aspiraba a que esas personas se metieran “por caminos de oración y de Amor”. Más aún: que fueran contemplativos, como le escribe a su director espiritual: “Con el fin de empujar a nuestros amigos por el camino de la contemplación” (*Nota al P. Sánchez, Madrid XII-1931*. Citado por Rodríguez, 2004, p.171). Con la experiencia de esos años escribió su primer libro con una sola intención: “traté de preparar un plano inclinado muy largo, para que fueran subiendo poco a poco las almas, hasta alcanzar a comprender la llamada divina, *llegando a ser almas contemplativas en medio de la calle*” (*Carta, 29-XII-1947/14-II-1966*, n. 92, citada por Rodríguez, 2004, p.174).

Vida interior de almas contemplativas, pero en medio de la calle. Con prestigio profesional, porque esto es obligación grave. Aquí tenemos el núcleo del método pastoral de San Josemaría. Lo veremos plasmado en la Misión de la Academia-Residencia DYA, primera obra de apostolado que promovió: “Procurar el mejoramiento de su vida cristiana, dándoles a conocer y haciéndoles practicar la vida interior, y de su vida profesional, convenciéndoles de que estudiar es obligación grave” (citado por J.L. Illanes, 1994, p.108)³. A continuación dividiremos nuestro objeto de estudio en esas dos vertientes: la formación humana y la formación cristiana.

Formación humana

Una idea clave del espíritu que San Josemaría promueve entre los jóvenes está en que la vida contemplativa no se opone ni se añade al trabajo, sino que la dedicación profesional, cualquiera

que sea, debe convertirse en oración. Ese es el motivo para considerar el aprovechamiento del tiempo laboral y de estudio como una obligación grave: “en nuestro diccionario sobran dos palabras: mañana y después. ¡Hoy y ahora! No dejéis la labor para luego, y haced que no la dejen. Pronto llegaréis a comprender cómo, en igualdad de condiciones, y aun en inferioridad de condiciones de talento, cultura, etc., el que vence la pereza de modo habitual —hoy, ahora— es el que domina siempre. El retardar —mañana, después— estropea todo el apostolado” (*Instrucción*, 9-I-1935, n.46, citada por Rodríguez, 2004, n.15).

Un “dominio” que no es fin en sí mismo, sino un medio para iluminar con la luz de Cristo las distintas actividades humanas, en la línea del mandato evangélico (Mt 5,16): *Alumbra así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos*. De esta manera se evita una lamentable confusión, posible en algunas personas, de la humildad con la mediocridad profesional: “Fomentad en los muchachos todas sus *ambiciones nobles*, sobrenaturalizándolas. Dejadles: tienen razón: hay que ser... sabios, audaces, santos. Repetidles muchas veces, en todos los tonos, que no pueden quedarse en el montón: porque han nacido para caudillos” (*Instrucción*, 9-I-1935, n.218, citada por Rodríguez, 2004, n.16. Cf. *Camino*, n.371).

El caudillaje del que aquí se habla es la capacidad de influir positivamente en la sociedad con la doctrina de Cristo. Se trata de

[...] plantear la propia actividad científica en el horizonte del amor a la verdad, que comporta la “apología de la fe”. Desde el principio comprendió el Autor, que esa tarea solo podía realizarse desde la seria formación teológica de científicos e investigadores. Lo cual permite, por otra parte, que no sea una apologética polémica, sino una verdadera “*explicatio fidei*”, que es la mejor apología de la fe. (Rodríguez, 2004, n. 338)⁴

Por esa razón, en el itinerario pastoral de estos jóvenes que tenían la obligación grave de estudiar, era importantísima la formación doctrinal, a la par con la profundización en el ámbito profesional. Hoy tiene plena vigencia que para vencer la “dictadura del relativismo” —elemento importante de la emergencia educativa actual—, hay que estudiar a fondo los motivos de la fe: “Actos de fe. No basta creo, sino por qué” (citado por Rodríguez, 2004, n. 582).

De ahí la importancia de vencer la pereza de modo habitual, para alcanzar nobles ambiciones. El trabajo cotidiano se convierte así en palestra para el ejercicio de las virtudes humanas. Y por eso la insistencia en el lema “¡Hoy y ahora!”, tan necesario para crecer en laboriosidad. Así testimonia uno de aquellos muchachos que acudían a la formación que impartía don Josemaría: “Le preocupaba la formación cultural, la necesidad de dar doctrina con una base honda. El primer enemigo es la ignorancia, nos repetía. Hablaba con José María (Albareda) sobre la Universidad y la investigación. Nos decía que estudiásemos mucho” (Botella F., *Relatos testimoniales*, Madrid 1975-78, cap V, p.50.).

Los años de formación universitaria son la base para una honda labor apostólica, presente y futura. Pero ese fundamento requiere la educación del carácter que brinda el cumplimiento serio del propio horario y el cultivo de los hábitos intelectuales. Para santificar el trabajo hay que trabajar bien, con seriedad humana y sobrenatural. En esa perspectiva, San Josemaría desciende a un detalle tan concreto como el “minuto heroico” —levantarse en punto, además de la puntualidad a lo largo del día—, que ayuda al aprovechamiento del tiempo. La insistencia en el trabajo —para los estudiantes, el estudio— es una aportación valiosa para la pastoral universitaria, pues ayuda a evitar que se reduzca a programación de actividades “apostólicas”. Para construir el edificio espiritual, antes hay que forjar las virtudes de los participantes en esos eventos, a través de las obligaciones cotidianas (cf. *Forja*, n.968; *Camino*, nn.78 y 409).

Queda claro que esta forja de la laboriosidad no es faena de un día. El esfuerzo por ganar batallas en este aspecto de la formación puede llevar una buena temporada de la dirección espiritual. Establecer un horario; programar un buen número de horas diarias de estudio intenso, constante y ordenado; limitar las distracciones; utilizar con orden los medios de comunicación (aunque puede ser una dedicación necesaria, también puede estar prevista en la agenda); constatar el rendimiento del trabajo con los resultados en notas y logros que indiquen el prestigio profesional; enseñar a descansar cambiando de actividad —descansar no es no hacer nada, sino distraerse en actividades que impliquen menos esfuerzo, enseñaba desde el comienzo San Josemaría— etc. Todo esto es presupuesto básico de la santificación del trabajo ordinario⁵.

Otra virtud que San Josemaría fomenta —ante todo, con su propio ejemplo— es la solidaridad, que debe fraguar también desde el primer momento. Para facilitar su ejercicio, promovió desde el comienzo visitas a familias pobres y catequesis en barrios necesitados. En uno de sus escritos tempranos describía la fundamentación pastoral de esa actividad en la caridad y en la humildad:

[...] los nuestros, a fin de convertirse en hombres de Dios, dedicarán al principio una buena parte de su actividad a la catequesis de niños y a la visita de enfermos. Para hacerse entender de los primeros, habrán de humillar su inteligencia: para comprender a los pobres enfermos, tendrán que humillar su corazón. Y así, de rodillas su entendimiento y su carne, les será fácil llegar a Jesús, por el camino seguro del conocimiento de la miseria humana, de la miseria propia, que les llevará a anonadarse, para dejar a Dios que construya sobre su nada. (*Apuntes íntimos*, n. 647, citado por Rodríguez, 2004, n. 16. Cf. *Camino*, n. 30. González-Simancas, 2008.

Eslava, 2003)

No se trataba de una práctica para los muchachos solos. El sacerdote iba por delante en esa labor de caridad cristiana. Un testigo de esos años “recuerda que se pasaba muchísimas horas de confesonario y allí estaba el tiempo que hiciera falta con los niños, con los pobres y con los enfermos” (Testimonio de Concepción Martínez, 1975, citado por Rodríguez 2004, n. 419). Tan importante es este aspecto de la formación, que dejó indicado que en todos los Centros del Opus

Dei se continuara esta labor a lo largo de los siglos, para forjar en los jóvenes la preocupación por ayudar a los necesitados, viendo a “Jesucristo en el pobre, en el enfermo, en el desvalido, en el que padece la soledad, en el que sufre, en el niño”. Así aprenderán que “hay que hacer una gran batalla contra la miseria, contra la ignorancia, contra la enfermedad, contra el sufrimiento” (*Carta*, 24-X-1942, citada por Bernal, 1976, p. 292).

A partir del trabajo bien hecho, y desde sus legítimas opiniones personales sobre el aspecto social, a la postre aquellos jóvenes sensibilizados podrían impregnar la sociedad con la caridad de Cristo: “la doctrina católica no impone soluciones concretas, técnicas, a los problemas temporales; pero sí os pide que tengáis sensibilidad ante esos problemas humanos, y sentido de responsabilidad para hacerles frente y para darles un desenlace cristiano” (*Carta*, 15-X-1948, n. 28, citada por Rodríguez, 1997, p. 171)⁶.

Benedicto XVI escribiría después que esta virtud es característica esencial y distintiva de la misión eclesial:

La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia. (2005, n. 25)⁷

Además de laboriosidad y solidaridad, hay otra faceta muy apropiada para quienes se mueven en medio del mundo: el desprendimiento y la pobreza, virtudes indispensables para el apostolado (cf. *Camino*, n. 631). Benedicto XVI las recuerda en la Encíclica “*Caritas in veritate*”, en medio de una crisis económica mundial, debida precisamente a la codicia de muchos. San Josemaría aconsejaba vivir estas virtudes en el día a día, con manifestaciones concretas: “no tener cosa alguna como propia: no tener cosa alguna superflua: no quejarse, cuando falta lo necesario, especialmente, en las enfermedades: elegir, si se puede, lo más pobre” (guiones para la predicación, 20-VIII-1938, citado por Rodríguez, 2004, n.635). En este mismo sentido, aconsejaba la práctica del “apostolado de no dar” que, en otras palabras, definía como el apostolado de dar con sentido común (cf. *Ibidem*, n. 979). Como en todas las demás virtudes, San Josemaría no separa lo humano de lo sobrenatural: las dos dimensiones se funden en unidad de vida, como veremos más adelante.

También lo refiere a la virtud de la templanza, que habilita para saborear los bienes sobrenaturales y agiliza el entendimiento. En ella se inscribe la castidad, virtud a la que prefiere denominar “santa pureza” y de la cual predica con sentido positivo: no es negación, es afirmación gozosa (cf. *Es Cristo que pasa*, n. 5). Al igual que en otros aspectos pastorales de la juventud, en este punto concreto se notan dos extremos: desde quienes le dan escrupuloso énfasis, como si fuera la más importante, hasta quienes la omiten, por respeto humano o porque piensan que basta

con una supuesta opción fundamental por Dios, que sería compatible con pecados a los que, por otra parte, siempre consideran veniales. San Josemaría es claro: la santa pureza es virtud necesaria, pero no la más importante; debe estar en quinto o sexto lugar, aunque por temporadas la lucha arrecie de modo especial. También recuerda que el sexto mandamiento demanda unas exigencias concretas, que capacitan para vivir el amor de modo plenamente humano.

Además de otras características de sentido común (cf. *Camino*, n.124), nuestro autor funda su predicación sobre esta virtud en la teología paulina: *glorifica a Dios y llévale en tu cuerpo* (cf. 1 Co 6,20. *Camino*, n.135). Tener el corazón limpio, consecuencia de la glorificación de Dios en la propia corporalidad, es condición para amar al mundo apasionadamente, para vivir el “materialismo cristiano” del que hablaba san Josemaría (cf. *Conversaciones*, n.114). En esta, como en todas las virtudes, la clave es la caridad y la humildad:

La santa pureza —lo sé, lo he visto— la das tú, Jesús, a quien la pida con humildad. Y esa ternura, que has puesto en el hombre, ¡cómo queda saciada, anegada, cuando el hombre te busca, por la ternura (que te llevó a la muerte) de tu divino Corazón! (*Apuntes íntimos*, n.1658, citado por Rodríguez, 2004, n. 118)

Ya hemos citado el artículo del Cardenal Luciani (1978), que comienza con la anécdota de un hombre joven, dirigido espiritual de San Josemaría:

[...] siempre había escuchado decir que la “contemplación” era una cosa para santos encaminados a la vida mística, cumbre asequible solo a unos pocos elegidos, gente, en la mayoría de los casos, retirada del mundo. “Yo, en cambio —escribe García Hoz— en aquellos años estaba casado, con dos o tres hijos entonces y esperando, como ocurrió en realidad, la llegada de más hijos, teniendo que trabajar para sacar adelante la familia”.

Esta es una de las ideas que el futuro Juan Pablo I denominará “revolucionarias”: la posibilidad de que los casados entren por senderos de contemplación, caminos que parecían reservados a la vida consagrada. San Josemaría aconsejaba:

Hacedles ver el noble derrotero de un cristiano padre de familia; y cómo se precisan padres de familia virilmente piadosos; y cómo se necesita, sin duda, una especial vocación para ser padre de familia —muchos nunca habrán oído hablar así—; y cómo ellos parecen llevados por Dios por ese camino, si procuran luchar, y ennoblecer con esa lucha su conducta... (*Instrucción*, 9-I-1935, n. 237, citada por Rodríguez, 2004, n. 27. Cf. Díaz, 2004)

Así como hablábamos atrás de apostolado con jóvenes “estudiantes o no”, vemos ahora otra característica de ese grupo de muchachos a los que dirigía en su labor apostólica; el mensaje de santidad y apostolado se dirige tanto a célibes como a casados. En una carta al vicario episcopal de Madrid describe los muchachos que frecuentaban su labor apostólica como un grupo de “almas vibrantes que ejercitan, casados o en celibato (la Obra forma padres de familia), su apostolado eficaz de discreción y de confianza” (4-IV-1938, citada por Rodríguez, 2004, n. 32).

La Obra forma padres de familia. Faltaban muchos años, para que se escribieran textos como la *Familiaris Consortio* del Beato Juan Pablo II, y esa apertura vocacional a las personas casadas no solo parecía revolucionaria, sino incluso escandalosa:

Quando yo escribía aquellas frases, allá por los años treinta, en el ambiente católico —en la vida pastoral concreta— se tendía a promover la búsqueda de la perfección cristiana entre los jóvenes haciéndoles apreciar solo el valor sobrenatural de la virginidad, dejando en la sombra el valor del matrimonio cristiano, como otro camino de santidad. [...] En el Opus Dei hemos procedido siempre de otro modo, y —dejando muy clara la razón de ser y la excelencia del celibato apostólico— hemos señalado el matrimonio como *camino divino* en la tierra. (*Conversaciones*, n. 92)

Concluimos este primer apartado sobre la formación humana de los jóvenes con un concepto clave en el pensamiento de San Josemaría: la libertad:

Evitad ese abuso que parece exasperado en nuestros tiempos —está patente y se sigue manifestando de hecho en naciones de todo el mundo— que revela el deseo contrario a la lícita libertad de los hombres, que trata de obligar a todos a formar un solo grupo en lo que es opinable, acrear como dogmas doctrinas temporales (*Carta*, 9-I-1932, citada por Del Portillo, 1992, p. 80)⁸

San Josemaría insiste en que la libertad es un don divino y lo hace con tal énfasis y originalidad, que mereció ser llamado “maestro de la libertad cristiana” (C. Fabro, 2002). En una época en que no se mencionaba tanto este concepto, este joven sacerdote y profesor universitario propugnaba por

[La] libertad de los alumnos, el derecho a que no se deforme su personalidad y no se anulen sus aptitudes, el derecho a recibir una formación sana, sin que se abuse de su docilidad natural para imponerles opiniones o criterios humanos de parte. (Citado por Illanes, 1994, p.114; cf. Ponz, 1976. *Amigos de Dios*, nn.23-28)⁹

Por eso, les decía a los primeros jóvenes que lo siguieron en su empresa apostólica:

No he querido nunca ataros, sino que, por el contrario, he procurado que obréis con una gran libertad. En vuestra acción apostólica habéis de tener iniciativa, dentro del margen amplísimo que señala nuestro espíritu, para encontrar —en cada lugar, en cada ambiente y en cada tiempo— las actividades que mejor se acomoden a las circunstancias de los jóvenes que se tratan. (*Carta*, 24-X-1942, n.46, citada por Llano, 2003, p. 150)

San Josemaría insistía mucho en que la libertad es inseparable de la responsabilidad. En una catequesis con padres de familia enseñaba: “Ama la libertad de tus hijos y enséñales a administrarla bien. Que sepan que la libertad tiene una gran enfermedad, que consiste en no querer aceptar la correspondiente responsabilidad” (*Notas de la predicación*, 18-X-1972, citado por Catret, 2011, pp. 211-212).

Estas virtudes humanas son la base para una labor sobrenatural, de santidad y apostolado:

El sacerdote de la Obra debe fomentar en la juventud nuestra todas las nobles ambiciones, sobrenaturalizándolas... Hay que ser... sabios, caudillos, audaces: y el sacerdote rectifica: por Cristo, por

Amor. —Lo que acabo de escribir, lo practico y veo que da hermosos resultados. (*Apuntes íntimos*, n. 1043, citado por Rodríguez, 2004, n. 24)

De esta dimensión sobrenatural —virtudes humanas “por Cristo, por Amor”— hablaremos enseguida.

Formación cristiana

Hemos visto que la primera misión formativa con los jóvenes que concurrían a la Academia DYA era “procurar el mejoramiento de su vida cristiana, dándoles a conocer y haciéndoles practicar la vida interior”. En una ocasión, San Josemaría describe a quienes participaban en la labor apostólica como “un grupo de jóvenes, que estudian mucho y procuran vivir como buenos cristianos” (*Apuntes íntimos*, n. 1267, citado por Vázquez de Prada, 2004, 550). Mencionaremos entonces el método pastoral que seguía para que sus dirigidos llegaran a ser “almas contemplativas en medio de la calle”¹⁰.

Las virtudes teologales, infundidas en el alma desde el bautismo, brindan los presupuestos de la formación cristiana. San Josemaría afirmaba que su fe era “tan gorda que se podía cortar” e invitaba a crecer en esta virtud básica del cristianismo: “No perdáis ocasión de hacerles notar que *Dios es el de siempre*: que no se ha cortado las manos, suelo decir con frase gráfica” (*Instrucción*, 9-I-1935, n. 225, citada por Rodríguez, 2004, n. 586). Una fe que soluciona todas nuestras ansiedades, y aquieta el entendimiento y llena de esperanza el corazón. Por eso, aconsejaba repetir actos de fe, esperanza y amor, como “válvulas por donde se expansiona el fuego de las almas que viven vida de Dios” (cf. *Camino*, nn. 582 y 667).

Por esa razón, el objetivo primordial que San Josemaría se plantea en la dirección espiritual es enseñar a orar. Lo afirma de forma tajante en la *Instrucción* del 9-I-1935, n. 133: “si no hacéis de los chicos hombres de oración, habéis perdido el tiempo”. Esa meta aparece en todas las demás dimensiones de la vida espiritual. En las virtudes que hemos contemplado antes: la solidaridad es en realidad fraternidad cristiana, la santa pureza la da Dios cuando se pide con humildad, la libertad no es autónoma sino de hijos de Dios y el trabajo se convierte en oración: “Meterse en la intimidad de Dios, hablar con Él constantemente —sin darse cuenta— es lo que hace posible un trabajo digno de Dios” (*Notas de la predicación*, 12-VII-1974, citado por Polo, 1994, p. 171)¹¹.

La oración es, además, la base de todo el trabajo apostólico: “Sin la oración, sin la presencia continua de Dios, sin la expiación, llevada a las pequeñas contradicciones de la vida cotidiana; sin todo eso, no hay, no puede haber acción personal de verdadero apostolado” (*Apuntes íntimos*, n. 74, citado por Rodríguez, Anchel, y Sesé, 2010, p. 178). La oración es el fundamento de los deseos grandes que se plantea a esos jóvenes, quienes deberían poner los recursos humanos a su alcance

(estudiar es obligación grave), pero sobre todo habrían de actuar convencidos del poder de los medios sobrenaturales: “¿No tenemos medios? La oración nos hará omnipotentes” (*Apuntes íntimos*, n. 743, citado por Rodríguez, 2004, n. 83).

Aquí radica la peculiaridad de su práctica pastoral: mostrar a los fieles corrientes la necesidad del diálogo con Dios, como hacían los primeros laicos del cristianismo:

Hacedles ver que orar no es ocupación de frailes —es corriente este prejuicio—, sino cosa propia de hijos que hablan con su Padre-Dios. Tened especial interés en darles a conocer la vida de oración de los cristianos primeros: los Hechos son un arsenal encantador de noticias. (*Instrucción*, 9-I-1935, n. 257s, citado por Rodríguez, 2004, n. 83)

El fundamento de la espiritualidad que transmitía estaba en la filiación divina:

Entendí que la filiación divina había de ser una característica fundamental de nuestra espiritualidad: *Abba, Pater!* Y que, al vivir la filiación divina, los hijos míos se encontrarían llenos de alegría y de paz, protegidos por un muro inexpugnable; que sabrían ser apóstoles de esta alegría, y sabrían comunicar su paz, también en el sufrimiento propio o ajeno. Justamente por eso: porque estamos persuadidos de que Dios es nuestro Padre. (*Carta*, 8-XII-1949, n. 41, citada por Rodríguez, 2004, n. 267. Cf. *Camino*, n. 274)

Aunque respetaba delicadamente la libertad de cada persona y no le gustaba imponer un método específico de oración, recomendaba considerar frecuentemente la realidad de que somos hijos de Dios, por ejemplo, meditando la oración dominical. Tenemos el testimonio de una persona que recordaba ese consejo, años después:

Otro día, para ayudarme a hacer oración, me decía: “Tú te pones a mirar al Sagrario y luego dices despacio el Padrenuestro. Con eso tienes bastante materia. Dices: Padre nuestro, que estás en los Cielos... Piénsalo despacio, machaca y verás como Dios te ayuda”. (Felisa Alcolea, *Testimonial*, Madrid 10-XI-1977. Cf. *Camino*, n. 91)

En esa consideración se descubría hermano de Jesucristo y por eso aconsejaba acudir al Pan y a la Palabra, a la oración cristocéntrica:

Dime cómo va esa oración: persevera, aunque cueste y te parezca que no haces nada: verás cuánta fuerza sacas para lo sucesivo. Piensa que nuestra vida entera es una pelea, y no tenemos más arma que ésa de tratar a Dios en la Palabra y en el Pan. (*Carta*, 21-III-1939, citada por Rodríguez, 2004, n. 87. Cf. *Camino*, n. 105)

Eucaristía, en primer lugar. Se trata de dejarse contagiar por el infinito amor que dimana de ese sacramento, culmen de la humildad de Jesucristo:

[...] ¡este Dios mío, tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de Siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía!. (*Apuntes íntimos*, n. 1655, citado por Rodríguez, 2004, n. 432)

El amor a la Eucaristía cuaja en vida de unión con Dios, de oración, en vida contemplativa:

Hay personas que rezan sin darse cuenta de lo que dicen, que recitan el Rosario y quizá comulgan todos los días, pero lo repiten rutinariamente, con poca piedad. No se dan cuenta de que los sacramentos no son un fin

en sí mismos: son medios para unirse más y más a Dios. No solo de pan vive el hombre, sino que es necesaria también la palabra, la oración, cuajada con las debidas condiciones. (*Notas de la predicación*, 8-IV-1937, citado por Rodríguez, 2004, n. 87)

Un fruto de que *los chicos sean alma de oración* es la comunión frecuente, ojalá diaria. Esta frecuencia en la comunión era extraña en esa época y, lamentablemente, sigue siéndolo en nuestros días. Sin embargo, es de una eficacia sobrenatural enorme. Estamos hablando de estudiantes que quieren sobresalir en su profesión. Pero él quería —y esta es otra gran aportación de San Josemaría a la pastoral universitaria— llevar a los jóvenes por un plano inclinado, poco a poco, hasta llegar a la “completa locura por Jesús”. La fe en el Señor sacramentado hace que un objetivo cardinal de la labor pastoral sea la participación activa y fructuosa de los jóvenes en las celebraciones litúrgicas. El trato íntimo con Jesús sacramentado los llevará, poco a poco, a unirse más y más a Dios. De ese modo el alma entra en el itinerario que marca el n. 535 del primer libro de nuestro autor: “Comunión, unión, comunicación, confianza: Palabra, Pan, Amor”. Se entiende que el Obispo K. Hemmerle dijera que “con estas siete palabras se puede tocar de la manera más profunda el misterio de la Eucaristía” (Citado por Rodríguez, 2004, n.535. Cf. n. 539) y que Benedicto XVI las citara en un discurso (10-IV-2006) diciendo que son “las grandes palabras que expresan los puntos esenciales de nuestro camino”¹².

San Josemaría asoció desde el primer momento las actividades formativas —los círculos de estudios o las meditaciones— a la bendición con el Santísimo Sacramento. También recomendaba visitar a Jesús presente en el sagrario (Cf. *Camino*, n. 554) y fomentó la práctica de los retiros espirituales. Por eso se le ha considerado “precursor de la comprensión del existir cristiano como existencial litúrgico” (Gutiérrez-Martín, 2006, p. 193. Cf. *Camino*, n. 86)¹³.

Pan y palabra. Recomendaba que la oración fuera litúrgica. En esa misma línea, sugería meditar el Santo Evangelio, atender a la liturgia de la Palabra de la Misa, leer las “vidas de Cristo”, que llevan al lector a meterse en las escenas evangélicas “como un personaje más” y a recorrer un itinerario que pasa por buscar, encontrar, tratar, amar y seguir a Cristo (cf. *Camino*, n. 382. *Amigos de Dios*, n. 300).

El Cardenal Ratzinger (1996) concluía que

[...] se puede, pues, hablar, en relación con Josemaría Escrivá, de un cristocentrismo acentuado y singular, en el que la contemplación de la vida terrena de Jesús y la contemplación de su presencia viva en la Eucaristía conducen al descubrimiento de Dios y a la iluminación, a partir de Dios, de las circunstancias del vivir cotidiano.

Para San Josemaría, oración y mortificación deben ir íntimamente unidas (*Camino*, n.172). Oración y sacrificio. En la labor educativa puede darse la tentación de dar a los jóvenes lo que desean, sin pedirles nada a cambio. Ofrecerles un camino suave, dejando para más tarde el

planteamiento de la Cruz. No es así como obró Jesucristo. Él, a los discípulos que le pedían un lugar privilegiado, les preguntó: ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber? (Mt 20,22). En esa misma línea, amonesta Benedicto XVI (2008) para la educación contemporánea:

[...] también el sufrimiento forma parte de la verdad de nuestra vida. Por eso, al tratar de proteger a los más jóvenes de cualquier dificultad y experiencia de dolor, corremos el riesgo de formar, a pesar de nuestras buenas intenciones, personas frágiles y poco generosas, pues la capacidad de amar corresponde a la capacidad de sufrir, y de sufrir juntos.

Rodríguez explica la diferencia entre *penitencia*, que corresponde a los grandes sacrificios y *mortificación*, que es encontrar la Cruz de Cristo en las pequeñas incidencias de cada jornada, que se convierte así en “sacrificio escondido y silencioso” (2004, n. 185). El minuto heroico, la “tragedia de la mantequilla” y otras pequeñas mortificaciones en las comidas, son ejemplos concretos que el “santo de la vida ordinaria” proponía a los jóvenes (Cf. *Camino*, n. 691. *Viacrucis*, IV misterio doloroso).

Se descubre así el valor redentor del sufrimiento humano y la gravedad del pecado, “que mereció tal Redentor” (*Misal Romano*, Pregón Pascual). De esa manera, el alma entra por el sendero de la conversión a la vida de la gracia y aprende a rechazar el pecado, hasta el mínimo venial deliberado (cf. *Camino*, n. 386. Morales, 2011). Se trata de un realismo pastoral: hay que contar con que todos experimentamos la concupiscencia, la inclinación al pecado, consecuencia de la culpa original (cf. Compendio del Catecismo, n. 77).

Como en cualquier edad, la pastoral juvenil ha de tener en cuenta la necesidad de la lucha interior, la importancia de acudir al sacramento del perdón después de las caídas —que con la gracia de Dios serán ordinariamente leves— y de poner los medios para vencer: la oración y la penitencia, ya mencionadas, junto con la huida de las ocasiones y con la sinceridad, que ayuda a vencer el “demonio mudo” (cf. *Camino*, nn. 236, 309 y 310).

Sinceridad del dirigido, que debe ir de la mano con la fortaleza del director.: “yo... siempre meto los clavos por la punta”, afirmaba San Josemaría. Comenta Rodríguez que se trata de “una manera gráfica de subrayar que, en la dirección espiritual, al poner a una persona cara a su propia responsabilidad, lo más sencillo y eficaz —aunque parezca más costoso— es dejarse de rodeos y circunloquios y abordar derechamente las cuestiones ‘difíciles’. Es la forma de actuar, a la vez, con sentido común y sentido sobrenatural” (2004, n. 845).

El empeño ascético que venimos considerando no es una lucha egoísta, para manifestarse como de mejor pasta. Se trata de buscar la santidad con el fin de ser buenos instrumentos de apostolado personal. Benedicto XVI (2008) expone la necesidad de este apostolado profesional, en su primer discurso acerca de la emergencia educativa:

[...] este acompañamiento debe llevar a palpar que nuestra fe no es algo del pasado, sino que puede vivirse hoy y que viviéndola encontramos realmente nuestro bien. Así, a los muchachos y los jóvenes se les puede ayudar a librarse de prejuicios generalizados y a darse cuenta de que el modo cristiano de vivir es realizable y razonable, más aún, el más razonable, con mucho.

El Venerable Siervo de Dios Álvaro del Portillo recalca el apremio tajante y claro con el que San Josemaría impulsaba esta cuestión: “Da pena ver cómo algunos, al querer ejercitarse en un apostolado profesional, siempre más práctico que un apostolado sin tono determinado, se encuentran con que los hombres de prestigio de su clase social pertenecen al campo de enfrente” (*Instrucción*, 9-I-1935, n.105 y nota 76, citados por Rodríguez, 2004, n. 346).

Este es el sentido del trabajo intenso del que hablábamos atrás: poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas y así reconciliar el mundo con Dios.

Ahora, de un modo especial entre la juventud [...], no es la carne solamente la que se subleva: es la rebelión de las inteligencias. A esa rebelión de los que se llaman intelectuales, a ese *non serviam!*, preciso es que otros intelectuales respondan con un decidido ¡serviré! ¡Te serviré, oh Dios! (*Apuntes íntimos*, n.89, citado por Rodríguez, 2004, n. 413)¹⁴

En ese camino se hace patente la dimensión de la Iglesia como familia de Dios y, por tanto, las exigencias de la fraternidad cristiana. San Josemaría se esforzó desde el primer momento por transmitir la caridad de Cristo y por generar un ambiente de hogar cristiano.

Inculcad en nuestros chicos de San Rafael la necesidad de vivir el mandato de la caridad, con todas sus consecuencias: ayuda mutua en lo espiritual, en el terreno científico, en lo económico, y en la vida de relación social. De tal manera, que se hagan realidad las palabras del Apóstol, que en el lugar patente de nuestro oratorio se leen: *alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi*; llevad unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. ([Gal. 6,2]. *Instrucción*, 1-I-1935, nn.108-109, citado por Rodríguez, 2004, n. 385. Cf. *Camino*, n. 440. *Amigos de Dios*, n. 44)

Otra frase que va de la mano con el mandamiento paulino es el *mandatum novum*, que el Fundador mandó instalar en todas las salas de estudio de los centros del Opus Dei en el mundo. Es significativo el recuerdo de la Residencia de Ferraz, destruida durante la guerra civil, y de la cual lo único que se pudo rescatar en buen estado fue el cuadro con esa inscripción: *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también unos a otros* (Jn 13,34). San Josemaría “siempre entendió el hallazgo como una manera de señalarle el Señor dónde está lo permanente cuando todo se derrumba: en el mandamiento del Amor” (Rodríguez, 2004, n. 385)¹⁵.

Hemos visto que el fin de la formación era lograr que los jóvenes fueran buenos trabajadores y, al mismo tiempo, contemplativos en medio de la calle, hasta llegar a la completa locura por Jesús. Locura que incluye la apertura al llamado divino:

Y se mueven a invocar a Santa María, Esperanza nuestra, *Sedes Sapientiae*: y a San Rafael y a San Juan, Patronos suyos. San Rafael —decidles— para que os lleve, como a Tobías hijo, hasta un matrimonio feliz —si es Voluntad de Dios— con una mujer buena y guapa y rica... ¡Cómo se ríen los pobres muchachos! Y San Juan, el Apóstol virgen, amadísimo de Cristo, para que os enseñe el camino de un celibato apostólico fecundo..., si es esta la particular vocación que el Señor se digna daros. —Ahora suelen quedarse muy serios, con gravedad impropia de los años mozos; y los Ángeles de la Guarda ponen, en más de un corazón, la semilla de un ideal nuevo. (*Instrucción*, 9-I-1935, nn. 123-124, citada por Rodríguez, 2004, n. 360)

Una recomendación de Benedicto XVI para superar la emergencia educativa es plantear los más grandes interrogantes: “sería muy pobre la educación que se limitara a dar nociones e informaciones, dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, sobre todo acerca de la verdad que puede guiar la vida” (2008). La juventud es tiempo de ideales y los jóvenes buscan la mejor manera de emplear su vida. La dirección espiritual debe transmitirles la más grande de las aspiraciones, la única que puede satisfacer todas las esperanzas del corazón humano: la intimidad con Cristo, la santidad: “si en cada nación hubiera un grupo de padres de familia santos, de médicos santos, de arquitectos santos, de obreros santos, estarían resueltos todos los problemas” (*Notas de la predicación*, 6-IV-1937, citado por Rodríguez, 2004, n. 301).

El Papa alemán plantea el tema vocacional sin subterfugios, en una actitud que debe espolear a quienes acompañan el camino espiritual de los jóvenes: “de manera siempre delicada y respetuosa, pero también clara y valiente, debemos dirigir una peculiar invitación al seguimiento de Jesús, a los chicos y chicas que parecen más atraídos y fascinados por la amistad con Él” (2008). Veamos cómo lo hacía el Fundador del Opus Dei: José Luis Múzquiz rememora su primer encuentro con San Josemaría en la Residencia de Ferraz, en 1935. Hablaron primero, brevemente, del horizonte de un apostolado de la profesión.

Inmediatamente después —escribe Múzquiz— el Padre me dijo: “No hay más amor que el Amor: los otros son amores pequeños”. Se veía que le salía del fondo del alma, de un alma enamorada de Dios. Los circuitos mentales que yo tenía terminaron entonces de fundirse. (Citado por Rodríguez, 2004, n. 417. Cf. *Camino*, n. 171)

Una vez más, al fuego de las palabras se une el ejemplo de la propia entrega. Predicaba lo que vivía. En este caso, el valor del celibato: “¡Bendito sea mi celibato!”, terminé. “¿El celibato eclesiástico?”, me preguntaron. —“No —contesté— el mío”. (*Apuntes íntimos*, n. 457, citado por Rodríguez, 2004, n. 28). Benedicto XVI (2008) enseña que un presupuesto de la eficacia educativa está en el ejemplo personal del pedagogo:

La educación no puede prescindir del prestigio, que hace creíble el ejercicio de la autoridad. Es fruto de experiencia y competencia, pero se adquiere sobre todo con la coherencia de la propia vida y con la implicación personal, expresión del amor verdadero. Por consiguiente, el educador es un testigo de la verdad

y del bien; ciertamente, también él es frágil y puede tener fallos, pero siempre tratará de ponerse de nuevo en sintonía con su misión.

Si aplicamos estas palabras a la dirección espiritual, nos damos cuenta de la importancia que tiene la santidad personal del director. Aunque es normal que el ejemplo de un sacerdote joven, alegre por su entrega a Dios, arrastre a otros a seguir su camino, es importante señalar que a los jóvenes los mueve, más que el formador deportista, músico o “juvenil”, el director que lucha por ser santo, que se esmera en su formación pero, sobre todo, en la oración por las almas encomendadas. Oración que no solo es hablar con Dios de las almas unos ratos al día. Es, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, *santificarse por ellos* (cf. Jn 17,18)¹⁶.

Cuando los jóvenes se deciden a seguir a Cristo comienzan llenos de ilusión humana, emocionados. San Josemaría remarcaba la importancia de la fidelidad al camino comenzado, para que la aventura de la vocación no sea regida por el sentimentalismo, según el vaivén de los afectos (cf. *Camino*, nn. 994 y 999). La perseverancia es un particular regalo de la Virgen Santísima: “¡A cuántos jóvenes les gritaría yo al oído: Sé de María... y serás nuestro!” (*Apuntes íntimos*, n. 825, citado por Rodríguez, 2004, n. 494). Por eso concluía así una homilía sobre la devoción a la Virgen:

Acudimos a Ella —*tota pulchra!*—, con un consejo que yo daba, ya hace muchos años, a los que se sentían intranquilos en su lucha diaria para ser humildes, limpios, sinceros, alegres, generosos. Todos los pecados de tu vida parece como si se pusieran de pie. No desconfíes. Por el contrario, llama a tu Madre Santa María, con fe y abandono de niño. Ella traerá el sosiego a tu alma. (*Amigos de Dios*, n. 189)

Conclusión: unidad de vida

Llegamos al final de nuestro estudio. Hemos señalado que las dos dimensiones de la formación se imbrican mutuamente, no pueden darse aisladas: se trata de la formación humana de una persona de fe y de la formación cristiana de un buen trabajador y buen ciudadano. Esta interrelación es la que San Josemaría denominaba “unidad de vida”, “en la que se une la contemplación a la acción, y en la que el trabajo santificado y santificante es como el quicio sobre el que gira toda nuestra actividad, interna y externa” (*Carta 29-XII-1947/14-II-1966*, n. 92, citado por Rodríguez, 2004, p. 173. Cf. Llano, 2000).

El segundo sucesor de San Josemaría dice que para el Fundador la unidad de vida es el rasgo estructural y constitutivo de la vida espiritual. También aclara:

[...] resulta obvio que *unidad* no se confunde con *mezcla* o *confusión*. No se trata de una especie de “emulsión” o aditivo del trabajo y del caminar cotidiano con la lucha ascética y la actividad apostólica. Consiste en una unidad radical, en la que la persona desarrolla sus acciones en diferentes planos que, sin embargo, no están separados y mucho menos contrapuestos, sino que se entrelazan y concurren al logro de esa plenitud — nunca completamente alcanzada en esta tierra— que es la santidad (Echevarría, 2002)

En la unidad de vida se funden dos conceptos aparentemente irreconciliables: el alma sacerdotal que se recibe en el bautismo (el sacerdocio común de los fieles, del que habla el n. 1141 del Catecismo de la Iglesia) y la mentalidad laical, que hemos explicado en el primer apartado. Se trata de la coherencia entre lo que se cree y lo que se vive y cuya importancia recordaba el Concilio Vaticano II: “El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos cristianos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestro tiempo” (GS, n.43. Cf. *Camino*, nn. 353, 400. Cattaneo, 2007).

En este sentido se entienden aquellas palabras programáticas de la homilía pronunciada en la explanada de una biblioteca universitaria, con las que podemos concluir este trabajo sobre la formación enteriza de las personalidades jóvenes según la experiencia inicial de san Josemaría:

Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. *¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios. (Conversaciones, n. 114)*

Bibliografía

- Alvira, R. (2002). *Educación y cultura en el pensamiento de Josemaría Escrivá de Balaguer*. *Anuario Filosófico*, 35(3), 601-608.
- Bautista, J. M., ed. (2009). *10 palabras clave sobre pastoral con jóvenes*. Estella: Verbo Divino.
- Beato Juan Pablo II. (1998). *Discurso a los participantes en el Congreso europeo de capellanes universitarios*. Recuperado de http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1998/may/documents/hf_jp-ii_spe_19980501_la-sapienza_sp.html.
- Benedicto XVI. (2008). *Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*. Recuperado de http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2008/documents/hf_ben-xvi_let_20080121_educazione_sp.html.
- Benedicto XVI. (2005). Carta Encíclica *Deus Caritas Est*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Benedicto XVI. (2009). Carta Encíclica *Caritas in Veritate*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Bernal, S. (1976). Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei. Madrid, Rialp.
- Burgraff, J. (2002). La misión del cristiano y el misterio de unidad. *Pensamiento y Cultura, número especial*, pp. 81-91.
- Burkhart, E. y López, J. (2010). *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría (I)*. Madrid: Rialp.
- Burkhart, E. y López, J. (2011). *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría (II)*. Madrid: Rialp.
- Catecismo de la Iglesia Católica (1993). Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica (2005). Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Catret, A. (2001) ¿Emocionalmente inteligentes? Madrid: Palabra.
- Cattaneo, A. (2007). El sacerdote al servicio de la misión de los laicos. *Ius Canonicum*, 47(93), 51-72.
- Clavell, Ll. (2003). Personas libres. En: Malo, A. (ed.). *La dignità della persona umana*. (pp.101-116). Roma: Università della Santa Croce.
- Concilio Ecuménico Vaticano II (2006). Madrid: BAC.
- Del Portillo, A. (1992). *Una vida para Dios*. Madrid: Rialp.
- Del Portillo, A., Ponz, F., Herranz, G. (1976). *En memoria de monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*. Pamplona: Eunsa.
- Díaz, R. (2004). La naturaleza vocacional del matrimonio cristiano en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá. En de Andrés F. (ed.). *Figli di Dio nella Chiesa*. (pp. 9-20). Roma: Università della Santa Croce.
- Echevarría J. (2002). Maestro, Sacerdote, Padre. Perfil humano y sobrenatural del Beato Josemaría Escrivá De Balaguer. *Scripta Theologica*, 34(2), 573-597.
- Echevarría J., García V., Hervada J., Illanes J.L., Lombardía P., Morales J., Orlandis J., Pérez J.R., Polo L. y Rodríguez P. (1994). *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*. Pamplona: Eunsa.
- Eslava, E. (2003). La dignidad de los hijos de Dios. En Rodríguez, P., Aranda A., Eslava, E., Araújo, A. M., Bermúdez, C., *Vocación cristiana y llamada a la santidad*. (pp. 73-88). Bogotá: Universidad de La Sabana.
- Fabro, C. (2002). *El temple de un Padre de la Iglesia*. Madrid: Rialp.
- Fernández, F. (2011). *Para llegar a puerto*. Madrid: Palabra.
- García, V. (1994). La educación en monseñor Escrivá de Balaguer. En: Echevarría J. et al. *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*. (p. 91). Pamplona: Eunsa.

- García, V. (1997). *Tras las huellas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (Ideas para la educación)*. Madrid: Rialp.
- González, N. (2011). *Emergencia educativa y lecturas*. Recuperado de <http://www.familyandmedia.eu/es/component/content/article/188-emergenza-educativa-e-lettura.html>
- González-Simancas, J. (2008). San Josemaría entre los enfermos de Madrid (1927-1931). *Studia et Documenta*, 2, 147-203.
- Gutiérrez-Martín, J. L. (2006). *Liturgia*. Madrid: Rialp.
- Illanes, J. L. (1994). La Universidad en la vida y en la enseñanza de monseñor Escrivá de Balaguer. En: Echevarría J. et al. *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*. (pp.107-108). Pamplona: Eunsa.
- Illanes, J. L., Méndiz, A. (2012). *Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer, edición crítico-histórica*. Madrid: Rialp.
- Jaeger, W. (2001). *Paideia: los ideales de la cultura griega. Libro primero*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jaramillo, J. M., Ospina, L., Gutiérrez, M. C., Yepes, C. (eds.). (2009). *San Josemaría y la Universidad*. Chía: Universidad de La Sabana.
- Luciani, A. (1978, 25 de julio). Buscar a Dios en el trabajo cotidiano. *Gazzettino di Venezia*, p. 9.
- Llano, A. (2000). Universidad y unidad de vida según el Beato Josemaría Escrivá. *Romana*, 16(30), 112-125.
- Llano, A. (2003). El espíritu de la juventud en el Beato Josemaría En: Mas, S. (ed.). *Gioventù: costruire il futuro*. (pp.143-153). Roma: Università della Santa Croce.
- Marrou, H. (2004). *Historia de la educación en la Antigüedad*. Madrid: Akal.
- Martín de la Hoz, J. C. y Revuelta, J. (2008). Un estudiante en la Residencia DYA. Cartas de Emiliano Amanna su familia (1935-1936). *Studia et Documenta*, 2, 299-358.
- Moral, J. L. (2011). *Jóvenes, religión e Iglesia*. Madrid: Khaf.
- Morales, J. (2011). Sobre la orientación de las personas. Nota teológico-pastoral. *Scripta Theologica*, 43, 89-101.
- Nubiola, J. (2011). *Fe y cultura: transmitir la fe hoy*. Recuperado de <http://jornadescastelldaura2011.files.wordpress.com/2010/12/nubiola.pdf>
- Ospina H., ed. (2002). *Memoria del Congreso Hispanoamericano "Hacia una educación más humana: En torno al pensamiento de Josemaría Escrivá"*. San José de Costa Rica: Promesa.
- Pellitero, R. (2004). Dimensión "pastoral" de la teología y teología pastoral. *Scripta Theologica*, 36(1), 215-230.
- Pérez-Boccherini, G. (2011). *Guía para aprovechar la JMJ*. Madrid: Palabra.
- Polo, L. (1994). El concepto de vida en monseñor Escrivá de Balaguer. En: Echevarría J. et al. *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*. (p. 171). Pamplona: Eunsa.
- Ponz F. (1976). La educación y el quehacer educativo en las enseñanzas de monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. En Del Portillo, A., Ponz, F., Herranz, G. *En memoria de monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*. (pp. 107 ss). Pamplona: Eunsa.
- Ratzinger, J. (1996). Mensaje inaugural. En: Belda M., Escudero J., Illanes J.L., O'Callaghan P. *Santidad y mundo*. (pp. 30-31). Pamplona: Eunsa.
- Rodríguez, A. (1997). La formación de la conciencia en materia social y política según las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá. *Romana*, 13(24), 162-125.
- Rodríguez, P. (2004). *Camino, edición crítico-histórica*. Madrid: Rialp.
- Rodríguez, P., Anchel, C. y Sesé, J. (2010). *Santo Rosario, edición crítico-histórica*. Madrid: Rialp.

San Josemaría:

(2008). *Camino*. Bogotá: Procodes.

(2009a). *Surco*. Bogotá: Procodes.

(2009b). *Forja*. Bogotá: Procodes.

(2010). *Es Cristo que pasa*. Bogotá: Procodes.

(2011a). *Amigos de Dios*. Bogotá: Procodes.

(2011b). *Conversaciones*. Bogotá: Procodes.

(2011c). *Santo Rosario*, Lima:Infobrax.

(2012). *Via Crucis*. Bogotá: Procodes.

Sanguinetti, J. (2003). La libertad en el centro del mensaje del Beato Josemaría Escrivá. En: Malo, A. (ed.). *La dignità della persona umana*. (pp.81-99). Roma: Università della Santa Croce.

Urbietta, J. R. (1985). *Pastoral de juventud*. Salamanca: Secretariado Trinitario.

Vázquez de Prada, A. (2004). *El Fundador del Opus Dei, I. ¡Señor, que vea!* Madrid: Rialp.

Vázquez de Prada, A. (2002). *El Fundador del Opus Dei, II. Dios y audacia*. Madrid: Rialp.

1 San Josemaría Escrivá de Balaguer nació en 1902 y fue ordenado sacerdote en 1925. Estudió al tiempo Teología y Derecho y obtuvo el Doctorado en ambas disciplinas. El 2 de octubre de 1928 fundó el Opus Dei por inspiración divina y de esa manera abrió en la Iglesia un nuevo camino, para que hombres y mujeres de toda condición vivieran “con plenitud la vocación cristiana santificando sus ocupaciones en el mundo”. Murió en 1975 y fue canonizado en 2002 por el Beato Juan Pablo II [Cf. Liturgia de las Horas, 26 de junio]. Los textos del autor que se citan en la investigación provienen principalmente de la edición crítico-histórica de “Camino” [Rodríguez, 2004], de los dos primeros tomos de su biografía [Vázquez de Prada, 2002 y 2004] y de otros artículos citados en la bibliografía. He procurado reproducir textos menos conocidos y dejar los textos de sus libros como referencias en el ensayo. Para facilitar la lectura, las obras de San Josemaría serán citadas por su título en el cuerpo del texto.

2 No hay que olvidar que, en esa época, “el apostolado se concebía como una acción diferente —distinguida— de las acciones normales de la vida corriente: métodos, organizaciones, propagandas, que se incrustaban en las obligaciones familiares y profesionales del cristiano —en ocasiones, impidiéndole cumplirlas con perfección— y que constituían un mundo aparte, sin fundirse ni entretenerse con el resto de su existencia” [Carta, 6-V-1945, n.41, citada por Vázquez de Prada, 2004, pp. 287-288]. Cf. Nubiola, 2011. Ospina H., 2002. González, 2011).

3 Así escribía sobre los frutos que esperaba de su labor apostólica: “Se ha abierto el curso en DYA, y espero que serán muchos los frutos sobrenaturales, y de cultura y formación católica, que han de obtenerse en esta Casa” [Carta a Francisco Morán, 30-X-1934, citada por Vázquez de Prada, 2004, p. 587].

4 Muchos años después insistiría en el mismo tono: “Salvarán este mundo nuestro —permitid que os lo recuerde—, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta” [Discurso, 9-V-1974. En: Jaramillo, J. M. et al., 2009, p.48].

5 Como diría en la inauguración del Centro de formación obrera Elis, en Roma, su labor consistía en enseñar “que el hombre ha sido creado *ut operetur*, para trabajar [...], que el trabajo santificado y santificador es parte esencial de la vocación del cristiano responsable, que es consciente de su dignidad y sabe además que tiene el deber de santificarse y de difundir el Reino de Dios precisamente en ese trabajo y mediante ese trabajo que contribuye a la edificación de la ciudad terrena” [Discurso, 21-XI-1965. En: Jaramillo, J. M. et al., 2009, pp. 29-30].

6 Más adelante explicaría que la formación en la caridad es parte importante de la enseñanza universitaria: “La Universidad no debe formar hombres que luego consuman egoístamente los beneficios alcanzados con sus estudios, debe prepararles para una tarea de generosa ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana” [Conversaciones, n.75. Cf. Illanes, 1994, p.123].

7 En una Encíclica posterior, *Caritas in veritate*, profundizaría en la importancia de la solidaridad como tema clave en la crisis económica mundial y para el desarrollo humano integral [Benedicto XVI, 2009].

8 Esta libertad es la clave del ambiente de hogar que se vivía a su lado: procuraba “que se respire un clima de libertad, en el que todos se sientan hermanos, bien lejos de la amargura que proviene de la soledad o de la indiferencia. Un clima en el que aprenden a apreciar y a vivir la mutua

Josemaría Escrivá de Balaguer and Opus Dei Virtual Library

comprensión, la alegría de una convivencia leal entre los hombres. Amamos y respetamos la libertad y creemos en su valor educativo y pedagógico” (*Discurso*, 21-XI-1965. En: Jaramillo, J. M., et al., 2009, p. 30. Cf. Alvira, 2002).

9 Libertad y verdad: uno de los síntomas clave que Benedicto XVI (2008) señala sobre el problema contemporáneo de la educación es el encuentro de libertades, que se da en el proceso formativo: “la relación educativa es ante todo encuentro de dos libertades, y la educación bien lograda es una formación para el uso correcto de la libertad. [...] Debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudarle a corregir ideas y decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es secundarlo en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano”. San Josemaría resume esta actitud pastoral, que une la caridad con la fortaleza para corregir: “la verdadera finura y la verdadera caridad exigen llegar a la médula, aunque cueste” (*Carta*, 13-X-1938, citada por Rodríguez, 2004, n. 33). Cf. Sanguinetti, 2003, Clavell, 2003.

10 Años más tarde alertaría sobre el peligro de cierto laicismo en la formación universitaria, al relegar la formación espiritual o doctrinal por miedo a parecer “catequistas o apologetas”: “No hay Universidad propiamente en las escuelas donde, a la transmisión de los saberes, no se una la formación enteriza de las personalidades jóvenes” (*Discurso*, 28-XI-1964. En Jaramillo, J. M., et al., 2009, p. 25. Cf. Burkhardt y López, 2010 y 2011).

11 Sobre la eficacia de este apostolado tenemos el testimonio de Emiliano Amman: “Aunque yo había recibido una buena formación en un colegio de religiosos, fue el Padre quien me enseñó a hacer oración, a santificar mi trabajo y a hacer apostolado con una claridad de doctrina como yo hasta entonces no había oído nunca y que era evidentemente cosa de Dios” (Martín de la Hoz y Revuelta, 2008, p. 310).

12 Misterio de comunión que incluye el sentir con la Iglesia: “¡Oh, Padre mío, que no me falte la Fe! También, con infame lucidez, se presentan dudas brutales, pero ¡soy hijo de la Iglesia!” (*Apuntes íntimos*, n.1668, citado por Rodríguez, 2004, n.497). La dimensión eclesial de la santidad personal y del apostolado con ocasión de la vida ordinaria, queda resumida en esta afirmación: “Si somos verdaderos hijos de Él, con nuestra santificación personal, obtendremos la de los demás: el reinado de Cristo: que *Omnes, cum Petro, ad lesum per Mariam*” (*Apuntes íntimos*, n. 47, citado por Rodríguez, 2004, n. 833).

13 Por lo demás, también aconsejaba tener pocas devociones, con toda libertad, para que fueran sólidas: a la Virgen, a San José, a los ángeles, a los intercesores y patronos de la Obra, a las almas del purgatorio, además del sacramental del agua bendita.

14 “la religión es la mayor rebeldía del hombre que no tolera vivir como una bestia, que no se conforma —no se aquieta— si no trata y conoce al Creador” (*Amigos de Dios*, n. 38. Cf. *Conversaciones*, n. 73).

15 Ya en agosto de 1932 había previsto que “en todas nuestras casas, en sitio muy visible, se pondrá el versículo del capítulo 15 de S. Juan: *Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem, sicut dilexi vos*” (*Apuntes íntimos*, n.815, citado por Vázquez de Prada, 2004, p. 491). Sobre el ambiente de familia que debe reinar en las labores apostólicas, escribió desde el comienzo de la primera obra de apostolado corporativo: “Para los de S. Rafael, la academia no es la academia. Es su casa” (Ídem, n.989, citado por Vázquez de Prada, 2004, p. 509).

16 En los *Apuntes íntimos* se lee una anotación que muestra cómo San Josemaría era consciente de que los frutos de apostolado eran una gracia de Dios: “lo que Dios Nuestro Señor me ha dado particularmente a mí. Este no sé qué *santificador*, que hace que se enciendan las almas de muchos, al hablarles yo, aunque me encuentre para mí mismo *apagado*” (n.1756, citado por Vázquez de Prada, 2004, p. 452).